

FRANCISCO VILLAR - BLANCA M^a PRÓSPER - CARLOS JORDÁN - M^a PILAR FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Lenguas, genes y culturas en la prehistoria de Europa y Asia suroccidental*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2011, 962 pp.

Si hay dos cosas que no se pueden negar al eximio indoeuropeísta Francisco Villar, es la coherencia de su trayectoria y lo que ahora suele denominarse *capacidad para reinventarse a sí mismo*, factores que aunados han conducido a este *opus magnum*, realizado con la preciosa colaboración de otros tres renombrados indoeuropeístas y que supone –ante la expectativa de futuros nuevos retos– la culminación de diversos trabajos *rompedores* que en una línea iniciada hace ya bastante tiempo han ido alejándole –con precisión cronológica de reloj suizo: cada veinte años (*Lenguas y pueblos indoeuropeos* 1971, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa* 1991)– de la doctrina *siue* dogma oficial, que con tanto convencimiento hace 40 años profesara y de la que hace 20 comenzara a dudar, hasta llegar al límite mismo de la herética ruptura. Realmente loable –y tristemente insólita en el panorama de tantas disciplinas– la capacidad autocrítica de Villar y de la que, dentro de un sano escepticismo, va dejando señales a lo largo del libro. Las casi mil páginas de este volumen, que arranca con la constatación de que para el *problema indoeuropeo* “El resultado de casi dos siglos de investigación [...] puede resumirse [...] en tres palabras: fracaso sin paliativos” (18), merecerían un estudio mucho más pormenorizado, pero la *liturgia* de las publicaciones receptivas a este tipo de reseñas impone comprensiblemente un mucho más cursorio comentario, donde atenderemos sobre todo a los resultados que entendemos más valiosos.

Por sus implicaciones el principal de estos es, para nosotros, la retracción de las cronologías para la *res Indoeuropæa* y que lleva a los autores a aceptar una datación cuando menos mesolítica para la originaria concatenación dialectal indoeuropea: “el fondo toponímico común de Europa nos exige suponer una arqueo-indoeuropeidad cuando menos mesolítica y neolítica de la mayor parte del continente” (788), lo que “hace retroceder la arqueo-indoeuropeidad del continente hasta un horizonte gravetense” (789). La propuesta coincide así con la premisa básica que el llamado *Paradigma de la Continuidad Paleolítica* ha venido preconizando desde hace casi 20 años. Tal cronológica *metánoia* se acompaña en esta obra de dos importantes *revoluciones*: una, metodológica; teórica la otra.

En lo metodológico Villar y colaboradores exploran, aunque con mayor cautela que en su previo *Vascos, celtas e indoeuropeos* (2005), la posible vinculación entre genes y lenguas –entre haplótipos y series toponímicas– y ahora también con culturas [pre]históricas, dentro de la necesidad expresada ya tantas veces desde diversas disciplinas –y por algunos denominada *síntesis convergente*– de contribuir a que la Lingüística indoeuropea, hasta donde pueda alcanzarse, contara una misma [pre]historia o al menos una compatible con la que van certificando las demás ciencias. En lo teórico y entre otras cosas, la caduca concepción de la evolución lingüística a modo de árbol genealógico es impugnada por irreal y simplista para ser substituida –mas con poca fortuna *botánica*– por “una arborescencia frondosa” de “múltiples y enmarañados brotes” (810). Nosotros que, en diversos trabajos hicimos crítica de aquel tan perverso modelo conceptual, hemos *contraprogramado* otras metáforas como la –también arborea– de los bosques mixtos o la de las cuencas fluviales. Por otra parte, los autores no acaban de desprenderse del todo de aquella perniciosa metáfora conceptual al hablar repetidamente de *phylum* y *macro-familia[s]*.

Aspecto otro de trascendencia y auténtico torpedo contra la línea de flotación de la Lingüística Indoeuropea tradicional... postboppiana es la propuesta de un original patrón vocálico /a i u/ para el antiguo conglomerado indoeuropeo (724-5). Nos congratula que también aquí y desde metodologías bien diversas y hasta más complejas, los autores lleguen a prácticamente las mismas conclusiones que hemos venido defendiendo desde hace tiempo: “antes que postular la existencia de originarios /e/ y /o/ –o más exactamente *e/o* (!)– debemos excluir otras posibilidades fonotípicas, una vez que [...] pasos del tipo de /a i u > a e i o u/ sí están (y fenomenalmente) documentados” (1999) o “parece, pues, mucho más verosímil que el vocalismo indoeuropeo haya pasado por tres sucesivas fases de desarrollo con los siguientes timbres [...] quizá también en su doble versión cuantitativa de largos y breves: I) /a i u/ II) /a i u e/ III) /a i u e o/” (2006). Los autores, en cambio, suponen que /e/ y luego /o/ habrían aparecido en el patrón fonemático indoeuropeo antes que las largas respectivas (798). Contra esto, amén de los contundentes paralelos que ofrece el material tipológico, cabría invocar el patrón indo-iranio con *sólo* /a i u a: i: u:/ para defender la coherencia –y simplicidad– explicativa de una fase con vocales cardinales largas previa a la emergencia de /e/ y luego de /o/. Ahora bien, quizá los autores no son conscientes de todas las implicaciones fonomorfológicas de tal propuesta; así, por ejemplo, se complican innecesariamente la clasificación de sus resultados al proponer una clase extra de temas en *-ē*, documentada sobre todo por la terminación lituana *-ė* (654), cuando con el modelo *boppiano* dicha terminación se deja remontar sin problemas a una secuencia **-ia*, es decir, /ia/ con realización monosilábica [ja]. Muy saludable también la marginalidad que se concede al laringalismo (800) –otro *batistot* más para tanto indómito laringalero– verdadero engendro algebraico que durante tantos decenios ha venido conturbando las investigaciones de Lingüística indoeuropea.

Ya también en nuestra reseña de 1992 a *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa* de Villar señalábamos la posible mayor antigüedad –y originalidad– de un patrón con dos series de oclusivas /p b t d k g/, tal como ahora se reconoce (608, 799, 714), para la prístina fase indoeuropea. Otra vez nos es tan difícil no estar de acuerdo con los autores cuanto no estar de acuerdo con nosotros mismos.

Llégase finalmente a la conclusión de que la aquí denominada “teoría de la continuidad” sería la mejor de las hoy en liza para explicar el origen de las lenguas indoeuropeas, cumpliendo dicha propuesta todos los requisitos que exige el nuevo interdisciplinar consenso científico, todos salvo uno, al que los autores genéricamente llaman “dialectología” (784), pero para el que se admite que “Bastaría con que fuera acertada la propuesta de Dixon del equilibrio interrumpido [...] para que desapareciera cualquier objeción lingüística a la teoría de la continuidad” (785). Objeción, pues, para nosotros facilísima de superar, salvo que uno profese lo que tan bien denominó M. Alinei (*Estudis Romànics* 2004, 201-15) *reificación lingüística* o arraigada creencia de que las lenguas existan con total independencia de las comunidades de hablantes –exceso que hemos criticado en numerosas ocasiones– y que en consecuencia haga suponer a alguno que incluso en comunidades de mínima demografía, gran movilidad y plurimilenaria estabilidad cultural, como las comunidades de caza y recolección, la lenguas sigan cambiando porque sí y a velocidad constante: “During the Palaeolithic age we have almost all the conditions favouring a much rather slow linguistic evolution when compared with the rate of change in subsequent periods” decíamos al afrontar el problema en 2001.

Otra aportación con la que estamos de acuerdo es la admisión de una mayor complejidad en la formación de los diversos grupos lingüísticos indoeuropeos, lo que harían bien los autores en exigir como adicional requisito para el nuevo interdisciplinar consenso: “Un modelo complejo del proceso de indoeuropeización [...] responde mejor al conjunto de hechos involucrados que cualquiera de las hipótesis planteadas a suceso único” (36). Conforme, mas es claro que sólo el paradigma de una continuidad desde el paleolítico ofrece la mayor gama de posibilidades para que el indoeuropeísmo particular de cada entidad lingüística se haya adquirido de modo diverso, en forma y fecha, según los diferentes territorios. Es simplemente errónea la idea de que nosotros postulemos que todo quedó fijado en el Paleolítico Superior. ¿Cómo negar la evidencia, en época antigua pero ya histórica, de la expansión de lenguas indoeuropeas como el latín o el griego fuera de sus territorios originarios y propiciando, por ejemplo, la emergencia del grupo románico? Perfectamente asumible, pues, la idea de que los procesos fueron más complejos que los simplones modelos invasionistas –ya en versión pacífica y neolítica, ya en versión bélica y *métalica*– de la Indoeuropeística tradicional: “fases posteriores de reindo-europeização e do contrário, são [...] perfeitamente assumíveis dentro do Paradigma da Continuidade Paleolítica, mas não só: a ampla margem cronológica defendida por este paradigma científico é, precisamente e talvez apenas, aquilo que permitirá, por sua vez, o desenvolvimento teórico e prático dessa perceptível maior complexidade dos processos de indo-europeísmo e indo-europeização” escribíamos en 2009. Por tanto, es incierto el segundo aserto en la frase “el proceso de indoeuropeización no se realizó mediante un solo episodio, como pretenden *todas y cada una* de las teorías en liza” (121).

Tan extensa obra, como es lógico, no carece de puntos concretos en los que es difícil estar de acuerdo, pero nos parecen en este caso mucho más significativas, por trascendentales y arriesgadas, las convergencias que las divergencias. En definitiva, si para afrontar el *rompecabezas* indoeuropeo reclamábamos en su día “un paradigma con cui creare, non un dogma in cui credere” (1999), se admitirá que el indoeuropeísmo aquí presentado ya no es ese dogma en que creer sino un paradigma con el que crear.

XAVERIO BALLESTER
Universitat de València

E. CALDERÓN DORDA - A. MORALES ORTIZ (eds.), *EUSÉBEIA. Estudios de religión griega*, Madrid, Signifer libros, 2011, 386 pp.

Se recogen en este libro una serie de estudios que, de un modo u otro, tratan el amplio tema de la religión griega. Con él los editores pretenden “poner ante el lector la diversidad de la religión griega en sí como la multiplicidad de arduos problemas que plantea”.

El libro está formado por un total de 15 trabajos, siendo el primero de ellos la presentación (9-10) y el resto, artículos de una lista de autores que combina a especialistas consumados e investigadores con menos experiencia, en una mezcla que se corresponde bien con la diversidad temática que ofrece el volumen.: A. Bernabé-I. Serrano, *Nuevos datos sobre la religión de la Tebas micénica: Las Tablillas de la Odos Pelopidou* (págs. 11-36); E. Calderón, *El sacrificio y su vocabulario en Eurípides* (págs. 37-74); M. Camps Gaset, *Las Halosas áticas: rituales patrios, diversión femenina* (págs. 75-96); F. Casadesús Bordoy, *Los mitos escatológicos en Platón: Entre Homero y Orfeo* (págs. 97-120); J. García López, *Música, religión y mito en Grecia: Los fragmentos musicales* (págs. 121-138); M. García Teijeiro, *Legislación imperial contra magia y adivinación en el siglo IV* (págs. 139-160); G. Gian-